

JOSE GUERRERO, VUELVE A GRANADA



JOSE Guerrero, el magnífico pintor granadino, está ahora aquí, entre nosotros. Está exponiendo en su tierra, en su ciudad de Granada, y en una exposición de doble vertiente: la obra última, en la magnífica sala de exposiciones que el Banco de Granada tiene instalada, abajo, en el centro de la ciudad, para ocasiones como ésta. Y la obra que podríamos llamar histórica en la trayectoria personal de José, la de sus comienzos de pintor ya hecho y formado, la cual está expo-

los años algunos meses, apoyado en la galería-mater de Juana Mordó.

Cuando Guerrero abandonó Granada para iniciar la aventura de su vida de pintor, se vino a Madrid. Era eso en los primeros "años cuarenta". En aquel tiempo, los que empezaban a tener un sentido medianamente reverencial por las actitudes de vanguardia —los que, simplemente, consideraban a Picasso el gran maestro de nuestro siglo—, eran considerados, ni más ni menos, unos pobres locos. Guerrero era un loco de esos. Y como ellos —los locos— se juntan cuando Dios los cría, en aquellos años madrileños Guerrero vino a dar con la horma de su zapato, una serie de locos de su mismo estilo que se llamaban Carlos Pascual de Lara, Toni Stubbing —un pintor inglés que alguna vez asoma la gaita por aquí—, su paisano Antonio Valdivieso, Antonio Lago Rivera y Pablo Palazuelo. Y estaba también en

José M.^a Moreno Galván

niendo arriba, en el mismo "carmen" de la Fundación Rodríguez Acosta, junto a la Alhambra. No es que Guerrero se haya propuesto con esa doble exposición ser profeta en su tierra. Es que se ha propuesto, sencillamente, decir quién es en su propia tierra, enseñarle a sus paisanos cómo va su pintura, rendir cuentas ante los viejos amigos del personaje que se fue hace ya largos años y que vuelve ahora como un hijo pródigo a esa ciudad...

Porque Guerrero se fue hace ya largos años de Granada, y después de ejercer su oficio en Madrid, en hora muy temprana para los atisbos de la última vanguardia, cayó en los Estados Unidos y se residió en Nueva York. No hace mucho hablaba yo con James Johnson Sweeney, el gran crítico norteamericano, sobre la obra de Guerrero, que hoy tiene un puesto importante en la vanguardia del arte americano. Allí se casó Guerrero —con Rosanna, una mujer adorable— y tiene hijos; allí tiene lo más importante de su vida y su relación de pintor, pero... Pero Guerrero no ha abandonado ni quiere abandonar definitivamente su terrón natal. En Nerja, en el Mediterráneo andaluz, tiene una casa al lado de otras casas de amigos. Y aquí pasa todos

aquel grupo otro granadino callado y profundo: el escultor Bernardo Olmedo.

Ignoro cuáles vendrían a ser las motivaciones inmediatas para que Guerrero, luego de aquel ejercicio profesional en Madrid y del consabido tiempo de aprendizaje en París, cayera en los Estados Unidos y se asentara definitivamente en Nueva York. La primera noticia que yo tuve de él fue, hace ya muchos años, a través de un gran reportaje —creo que de "Life"— sobre la nueva pintura americana. ¿Quién sería ese Guerrero, pintor de Nueva York?, me preguntaba yo entonces. Carlos Lara se encargó de hacerme su ficha. Luego fueron llegando noticias y más noticias, hasta que llegó él. Desde los primeros años cincuenta, la pintura norteamericana es —yo creo— una de las primeras de mundo y Guerrero tiene un nombre importante dentro de ella.

En aquellos años en que José Guerrero velaba sus primeras armas de pintor en Madrid, era yo soldado de Transmisiones —de la quinta del 44— en el Regimiento de El Pardo. Y venía con mucha frecuencia a Madrid para ver las raras exposiciones de la vanguardia de la época. (Claro está que yo entonces ni hacía crítica ni pensaba que llegara a hacerla nunca.)



José Guerrero: Un instinto casi "animal" de la pintura.

¡Qué alegría ir como yo iba entonces a las exposiciones! A cuerpo limpio, con mi uniforme de soldado, sin conocer a nadie, sin pensar que tenía que hacer luego una crónica de lo que veía... Así fui yo un día del año cuarenta y... ¿y cuántos? a la vieja y entrañable galería y librería Buscholz, buscando, para mi avidez de soldado "ilustrado", a ver si ya había salido el número de "Correo de las Artes" —una revista pionera en aquellos años, que dirigía y sostenía heroicamente Enrique Azcoaga— Y recuerdo que me dirigí a un señor de casi melena blanca y leonina —Karl Buscholz— preguntándole si había

salido ya "Correo...". "No —me dijo Buscholz echándome un brazo por el hombro como para demostrar la simpatía que le merecía un soldado preocupado por las artes—. No, saldrá dentro de una semana, pero... ¿ha visto usted la exposición que ahora tenemos?". Y entré a verla. Era, si no recuerdo mal, "La joven escuela madrileña". Allí estaban todos esos: Lago, Lara, Valdivieso, Palazuelo, Guerrero... y creo que también Mampaso. Había alguna gente —que parecía artista— hablando sobre la exposición. Pero yo no conocía entonces a ninguno de esos que, con el tiempo, serían mis amigos... Qué alegría producía en-



"Apertura", Nerja, 1975.



Panorámica de Roma, 1948.

tonces, a un personaje como yo, ver una exposición como la de Buscholz. Se entraba allí desde la calle —aquel secarral desértico que era entonces la vida española—, se llegaba hasta allí desde las esquinas donde se vendía el pan y el tabaco de estraperlo (aquellas mujeres que se sacaban el pan y el tabaco de los senos sudorosos: "Hay pan, hay barras, hay tabaco"), y el en-

cuentro con cuadros y esculturas modernas nos parecía la llegada a Europa.

Allí, entre aquellos cuadros "modernos", estaban los de Guerrero. Yo no los recordaba bien; pero ahora, al verlos en Granada —en la exposición de la Fundación Rodríguez Acosta—, me ha dado un vuelco el corazón: era como quitar-me muchos años de encima.

Era como el reencuentro con viejos amigos de mi juventud. Aquellos cuadros que, sí, mantenían una figuración, pero que no eran nada fanáticos de sus peculiaridades académicas: ni de su volumetría ni de su bidimensionalismo: ¡Aquella vista de Roma desde una de sus colinas! ¡Aquella perspectiva de Madrid, con tejados y con gatos!... Yo le agradecí mucho a Guerrero que me hubiese devuelto aquella inquietud de su juventud, que era también la mía. Pero le agradecí más que, en aquel tiempo, estuviera donde tenía que estar, porque gracias a él y a algunos como él, hoy es el arte español lo que es.

Pero había que volver al centro de Granada, a la Sala de Arte que tiene instalado el Banco de Granada en su mismo edificio. Porque allí es donde estaba expuesta la palabra última de José Guerrero, su obra pictórica actual.

Al entrar en el gran salón de la Sala de Arte del Banco de Granada, quedé inmediatamente deslumbrado por la fiesta cromática que la exposición de Guerrero significa, pero, después, mirándolo todo más pausadamente, por la alegre libertad con que toda esa pintura está tratada... Tanto, que —pienso yo en una primera consideración apresurada— la primera de las grandes facultades del Guerrero pintor es la

ca que —yo creo— va surgiendo siempre sin pausa de su pincel. Creo que, para Guerrero, pintar es una fiesta panteísta en la que cada color ya estampado va reclamándole el color de su complemento y cada forma una nueva forma...

Guerrero es pintor "por la gracia de Dios". Tiene, yo creo, un instinto casi "animal" de la pintura, que lo hace identificarse con ella solidariamente; tanto, que, con frecuencia, él es el azul que pinta o el rojo que está estampado nerviosamente sobre el lienzo. Es difícil —lo he dicho también alguna vez— encontrar en todo el panorama de nuestra pintura un pintor tan pintor, tan identificado —¿se me entenderá la palabra en el sentido exacto con que quiero estamparla?— un pintor tan animalmente identificado con la función de pintar. Guerrero pinta, y, claro está, usa colores y formas... Pero pocas veces el uso de esas formas se advierte tan condicionado, más que por las formas en sí, por las superiores razones de la pintura... El color... ¡qué lejos ya del color impresionista de los viejos maestros!, el color tiene en Guerrero una entidad propia: No depende de ninguna luz que deba transformarse en efecto cromático, ni de ninguna traducción de fenómenos o cosas coloreadas. Su color, siempre, es autónomo, y tiene, por eso, la fuerza de las cosas conscientes de su valor propio. En ocasiones, con esa energía que es propia de la pintura de Guerrero, toma un color y lo sostiene a través de toda una forma o una superficie de grandes dimensiones, sin cansar nunca a la forma con la reiteración de una misma temperatura cromática a través de una gran dimensión. Sin cansarla nunca. Ahí, en esa amenidad pictoricista de Guerrero es donde yo encuentro que se fundamenta una de sus grandes facultades de pintor.

He ido a la exposición de la obra actual de Guerrero desde la otra exposición, desde la de su obra que podríamos llamar "histórica". Y encuentro que ambas se complementan mutuamente. Más que complementarse: se confirman. La obra anterior confirma y sostiene al pintor actual y nos advierte que no está improvisado. Para conseguir una obra como la actual de Guerrero, se ha tenido que renunciar a mucho. El magisterio está hecho de mil renunciaciones. Pero no se renuncia legalmente más que de aquello que previamente se ha realizado. Viendo las dos exposiciones de Guerrero, complementariamente, uno se da cuenta de cuánto hay que abandonar a un lado del camino del magisterio pictórico para poder alcanzar verdaderamente ese magisterio. Pero también uno se da cuenta de cuánto hay que aprender para poderse olvidar de todo aprendizaje. ■ Fotos: JAVIER CAMPANO.